

**EL SÍMBOLO DE UN SUEÑO
VINDICADOR.**

**SOBRE *EL ACTO ROBINHOODIANO
NUNCA DESCUBIERTO*, DE
EMILIANO GUERRESI**

Patricio Dean



EL SÍMBOLO DE UN SUEÑO VINDICADOR. SOBRE *EL ACTO ROBINHOODIANO NUNCA DESCUBIERTO*, DE EMILIANO GUERRESI

Patricio Dean¹

La voluntad de decir algo sobre el mundo en que se vive y sobre los sufrientes de ese mundo tienen una historia relevante en las artes visuales de Argentina. Es de algún modo una relación entre arte y política, pero no lo es de una manera reduccionista. Más que en *La manifestación*, por ejemplo, esta relación se expresa en Berni en la forma en que da cuenta de las acechanzas del mundo real –y también del fantasmagórico producto de biografías lastimadas–, que acosan a la ex costurera y prostituta Ramona Montiel; o también, en la humanización de los condenados de la tierra a través de imágenes de sus vidas cotidianas, como en Juanito Laguna, construidas con materiales concretos de esas mismas vidas cotidianas. Esta es la tradición en la que se inscribe Emiliano Guerresi. Con sus imágenes figurativas de situaciones de seres humanos y de paisajes de los costados desechados de la estructura social urbana, en lo que podría nombrarse como el conurbano profundo. Construye sus obras valiéndose de recursos que se encuentran caminando por cualquier calle de tierra de alguno de sus escenarios. Materiales, como tapas de metal de latas de pintura, que resultan en el soporte de una entera serie, y de esta obra, cuyo título es *El acto robinhoodiano nunca descubierto*.

Las obras de Guerresi expresan sensibilidades de un conurbano profundo en una temporalidad específica, la de los márgenes del mundo urbano de las grandes ciudades de Argentina luego del proceso de destrucción de lo que había sido una sociedad integrada y que tiene su expresión más salvaje en la década del noventa. Un conurbano profundo con quizás tres generaciones que no conocieron el trabajo formal, con cambios en los usos de la violencia que resultan en quiebres del lazo social, con un estado implicado en la venta y distribución de droga en los barrios; un Estado que no es un estado ausente, sino que, como analizan Auyero y Sobering, es un estado ambivalente “que hace cumplir la ley y a la vez (y en el mismo lugar) funciona como socio de lo que el propio Estado define como conducta criminal” (Auyero y Sobering, 2021, p.25). Es con ese espacio post noventa, con el que se relacionan las obras de Guerresi. Es un espacio muy distinto a aquel por el que transitaba Juanito Laguna *Rumbo a la fábrica*. Aquel era el espacio de los deshechos materiales de la sociedad industrializada, que se descartaban en baldíos o basurales de la periferia, y que el obrero no calificado Juanito Laguna observaba mientras caminaba tranquilo por un territorio pacificado hacia su lugar de trabajo formal. Quizás soñando con un futuro, porque las condiciones lo habilitaban a soñar con un futuro.

La bisagra entre esas escenas y las de Guerresi es la obra de Pablo Suárez titulada *Exclusión*, de 1991. *Exclusión* está a mitad de camino entre la escultura y la pintura y consiste en una figura trabajada con esmalte y acrílico sobre masilla epoxi. La posición en equis de un hombre joven con el torso desnudo, que

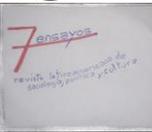
¹ Todd University.



vemos de espaldas aferrado a los barrotes de la puerta de un tren que se ha cerrado. Su cabeza girada a su izquierda, con los ojos desorbitados que sobresalen desde un rostro de cómic. El cabello tirado hacia atrás indica que el tren está en movimiento. Es quizás la referencia inmediata a la metáfora popular que habla del que ha perdido el tren, pero lo es en su dimensión más dramática ya que es la imagen del que ha quedado directamente afuera porque no hay otro tren al que esperar. Afuera, en 1999, año de realización de la obra, de formas de integración social que eran parte de su vida. El personaje tiene un cuerpo sólido, brazos fuertes que se aferran a los barrotes, siente el vértigo de la exclusión inmediata, pero se resiste a aceptarla con todas sus fuerzas. La paradoja es que la obra es presentada y recibe el premio Constantini, figura emblemática de la cultura del capital financiero, de la cultura triunfante provocadora de la exclusión, que en este caso hacía apuestas fuertes en el mundo de las artes visuales. Es una bisagra con la obra de Guerresi, porque los personajes de Guerresi ya están afuera, y por supuesto que lo sienten, pero no con la claridad y la fuerza desesperada del recién expulsado. Y quizás tampoco tengan a mano la habilidad a preguntarse si hay alguna puerta, y dónde diablos está.

Las escenas y personajes de Guerresi expresan al conurbano profundo, un mundo que ha quedado afuera de las formas tradicionales de integración que funcionaron en la Argentina durante casi un siglo. Es el conurbano de los que llegaron últimos, que están en zonas donde la ciudad encuentra retazos de pampa. Retazos de pampa que son probablemente zonas bajas inundables, en las que hay lagunas producto de la extracción de tierra para relleno probablemente en algún country de la zona. No se percibe allí el vivificante olor a pampa que creía percibir Borges cuando cruzaba Rivadavia hacia el sur en la década del veinte, sino los olores de la zona de los desechos, olores a aceite quemada de los autos abandonados y eventualmente incendiados, olores a basura dispersa. Pero es verdad se mezcla con el de los árboles y los juncos de algún bañado o algún arroyo no demasiado contaminado donde se puede intentar pescar alguna sobreviviente mojarra. Desde esos trozos de pampa se ven a lo lejos unos altos y sólidos edificios que quizás pueden ser de alguna zona de Quilmes.

Allí en uno de esos trozos de pampa conurbana, en un pequeño bosquecito de un terreno bajo, donde probablemente se escuchan los sonidos que llegan de una autopista no demasiado lejana, está la imagen de ese camión de caudales rodeado de pastos, saqueado, y abandonado. El camión, amarillo, con manchas amarronadas presumiblemente de óxido que caen desde el techo. La puerta del costado rota apoyada a un costado deja ver parcialmente el hueco negro del rectángulo vertical por el que se accedió al tesoro. Entre las letras de la puerta rota y las que están al costado del camión se puede completar la palabra que es el nombre de una conocida empresa de transportes de caudales. El camión es amarillo y está en el centro, en un claro iluminado. En primer plano hay a cada costado de la imagen dos árboles, uno de cada lado que se asemejan a las columnas laterales de un escenario o de una gran ventana, que, con sus colores más oscuros, iluminan más aún el centro iluminado. El lugar imaginario de referencia es un lugar relativamente oculto al que probablemente puedan acceder los jóvenes curiosos de un asentamiento cercano. Y ese es el punto de vista que origina el título y que le da forma a la imagen. El punto de vista de los sueños rebeldes de jóvenes que no encuentran formas en la política concreta para canalizar sus



rebeldías. Por eso la forma simétrica, la luminosidad de la figura central. El camión saqueado es presentado en un escenario, en un podio iluminado, porque es un símbolo vindicador.

Se trata, efectivamente, de una sensibilidad rebelde no solo no expresada, sino taponada por la política Y no es que esos jóvenes imaginarios que arman el punto de vista de la obra no conozcan lo que corrientemente se llama la política, porque a su barrio llegan los bolsones de alimentos, la mano de militantes y eventualmente han concurrido a marchas y participado de reuniones. Quizás hubo momentos épicos como cuando colaboraron en la toma de tierras y resistieron a la policía. El ejercicio de la política en ese sentido no les es extraño, y quizás pueda convocarlos en algunas ocasiones con entusiasmo. Sin embargo, el mundo es vivido y mirado desde ese lugar que es un afuera, claramente un afuera de la integración. Esos jóvenes observan de tanto en tanto los autos lujosos que ingresan a los *countries* cercanos con sensaciones confusas en las que se mezclan la admiración por el objeto, con la rabia que genera su condición de inaccesible. Quizás alguna vez se quedaron mirando horas y horas, ocultos tras unos arbustos sin poder ser localizados por los rambos de la seguridad del lugar, algo de ese interior privilegiado. A través del claro de una porción del alambrado que no tenía ligustros, contemplaron una escena en la que hombres y mujeres jóvenes, seguros, displicentes y bellos, se divertían en lo que parecía ser el entorno de una pileta. Las sensibilidades que se generan en esas situaciones donde el empleo estable no existe, donde la vivienda, como se dice eufemísticamente, es precaria, y donde las condiciones generales impiden cualquier expectativa de mejoramiento de las condiciones de vida, no tienen la forma de sentimientos tranquilos con el mundo. Porque hay violencia cotidiana en el desalojo de las tierras, en el uso y abuso policial, en la ruptura del lazo social, la violencia simbólica no tiene toda la efectividad; y si las respuestas no necesariamente resultan en prácticas concretas que no sean las posibles del pequeño robo, producto de la inexistencia de políticas contenedoras, seguramente se manifiestan en los sueños vindicadores como el que Emiliano Guerresi construye como obra en *El acto robinhoodiano nunca descubierto*.

Bibliografía

Auyero, J., y Sobering, K. (2021). *Entre narcos y policías*. Siglo XXI Editores Argentina

